

ver el humo del puente de Krems que aún estaba ardiendo, y á muy poco después descubrió el campo ruso, convenciéndose de que por aquel mismo puente había pasado á la orilla izquierda del Danubio. Mortier no quiso detenerse á examinar escrupulosamente las fuerzas que tenía delante; animados sus soldados del arresto que se manifestaba en todos los demás del ejército, en nada se pensó sino en seguir adelante y atacar, que tal fué la orden dada inmediatamente por aquel jefe, y cumplida por sus tropas con no menor prontitud. Un oficial de artillería (Taboir, hecho después general) mandaba la batería que llevaba la división Gazán, y descargóla corriendo de las barcas, fijando todos los cañones en posición conveniente. Los rusos acometieron en columna cerrada contra la columna francesa, cuya artillería les causaba destrozos terribles. Quisieron aquéllos apoderarse de los cañones, y la infantería de los regimientos 100 y 103 de línea salió á defenderlos con ardor extremo. En fin, se empeñó en aquel tan estrecho espacio un combate á brazo partido de los más sangrientos; apoderándose los rusos de nuestra artillería, volviéronse á quitar nuestros soldados, y descargándola de nuevo á quema ropa contra sus enemigos hicieron en ellos una horrible matanza. Y no era menos homicida el fuego de nuestros tiradores que sabían aprovecharse á tiempo de cualquiera de las lomas que formaba el terreno, acribillando desde ellas á sus contrarios. Toda la tarde de aquel día se consumió en esa tan desigual pelea que les costó á los rusos mil quinientos prisioneros y gran número de muertos, atendido el que de los heridos pudo recogerse á la mañana siguiente, habiendo quedado dueños del campo los nuestros.

Se siguió peleando con el enemigo hasta Estein. El 4.º de ligeros diseminado en las cuevas que dominan el río, sustentaba un fuego graneado que de instante en instante se hacía más tenaz, y no se tardó en comprender una causa que desde luego hubo de tenerse por extraña. Esa causa era que los rusos habían dado la vuelta por la falda de los montes, poniéndose á espaldas de la división Gazán con dos columnas de unos doce á quince mil hombres que acababan de entrar en Dirnstein, de donde los nuestros habían salido aquella misma mañana. Quedaban, pues, acorralados, separados de la división Dupont nada menos que una jornada; de la escuadrilla del Danubio ni una sola barca asomaba, por consiguiente casi era inútil la esperanza de llegar á salvarse.

La noche se iba ya acercando; la posición era tremenda, y máxime sabiendo que se estaba entre todo un ejército enemigo; pero con ser tan evidente el peligro á nadie pasó por el pensamiento, ni á oficial ni á soldado, el medio de capitular. Morir, mas no rendirse, tal fué el grito general de aquel puñado de valientes, tal por consiguiente el sentimiento heroico que alimentaban todos los demás de aquel ejército. De ese mismo sentir fué también el mariscal Mortier, resuelto á perder la vida antes que rendir á los rusos su espada de mariscal, y por tanto ordenó ir adelante en columna cerrada, y abrirse paso á la bayoneta retrocediendo hacia Dirnstein, punto en donde debía reunírsele la división Dupont. Había entrado ya la noche, y á sus sombras se comenzó el ataque contra los rusos en sentido opuesto al que se sostuvo con ellos por la mañana. Se

volvió á empeñar la lid con el mismo encarnizamiento peleando á brazo partido y en confusión tanta, que los hombres se cogían de los cabezones unos á otros, y poco á poco se iba ganando terreno hacia Dirnstein; con todo, y con haber arrollado no pocas masas de enemigos, ninguna esperanza había de conseguir lo que se deseaba, ni de abrir un paso que cada vez parecía mucho más cerrado. Como algunos de los oficiales de Mortier no contaran ya con ningún medio de salvación, salieron diciendo á su jefe que se metiese él solo en una barca y se pusiese en lugar seguro, para que por lo menos no les quedase á los rusos la gloria de un tan precioso trofeo, como todo un mariscal de Francia. «No, respondió ese ilustre jefe, no seré yo quien así abandone á soldados tan alentados. Salvarme con ellos ó con ellos perecer.» Con espada en mano iba combatiendo á la cabeza de sus granaderos, y dando acometidas reiteradas resuelto á recobrar á Dirnstein, cuando de repente sale de hacia este punto el estruendo de un vivísimo fuego, y la esperanza renace entre nuestros soldados, porque aquel tiroteó necesariamente debe ser de la división Dupont. Efectivamente, esa arrogante columna, que había seguido marchando todo el día, llega á saber en el camino la fatal posición en que se encuentra metido el mariscal Mortier, y vuela á socorrerle. El general Marchand con el 9.º de ligeros, apoyado por los 96 y 32 de línea, es decir, los mismos regimientos que ya vimos en Halasch, penetró con diligencia en aquella garganta marchando unos por el camino que directamente llevaba á Dirnstein, otros trepando por las torrenteras que abren las aguas depeñadas de las montañas, y todos resueltos á rechazar de allí á los rusos. Se empeñó una acción en aquellos desfiladeros no menos sangrienta de la que entonces venía sosteniendo la columna de Gazán, y el 9.º de ligeros logró al cabo penetrar en Dirnstein al mismo tiempo que el mariscal Mortier entraba en ese punto por el lado opuesto. A la luz del fuego se reconocieron al instante nuestras columnas, se unieron, y todos los soldados se estrechaban unos á otros en sus brazos, llenos de júbilo al verse libres de un tal desastre.

En ambos bandos hubo pérdidas terribles; pero la gloria no para ambos fué igual, pues que cinco mil franceses habían resistido á más de treinta mil rusos, abiértose paso por entre ellos, y salvado su bandera. Ejemplos de esta naturaleza son los que se deben repetir continuamente á las naciones, para que vean que cuando los soldados van resueltos á morir, siempre pueden salir con honor y salvar en dichas ocasiones su vida y su libertad.

Mortier volvió á encontrar en Dirnstein los mil quinientos prisioneros que había hecho en la refriega de la mañana. Los rusos perdieron en todo unos cuatro mil hombres, entre los cuales el coronel Schmidt, de tanta utilidad para ellos, y por lo mismo no tardaron en llorar amargamente semejante pérdida. Los franceses tuvieron la de unos tres mil hombres entre muertos y heridos; la mitad de la división Gazán había perecido.

Cuando Napoleón llegó á saber (en Molk) el desenlace de ese reencuentro, ya salió de cuidados, porque desde luego había contado con la ruina completa de la columna de Gazán. Indecible fué su gozo al ver la conducta del mariscal Mortier y de sus tropas, despachando

inmediatamente los más señalados premios para las divisiones Gazán y Dupont, con orden al mismo tiempo de que ambas pasasen al instante á la orilla derecha del Danubio, á fin de dejarles tiempo para rehacerse de sus descalabros, debiendo reemplazarlas en la izquierda la división Bernadotte. Propúsose sin embargo descartarse con Murat sobre el desorden que había reinado en la marcha general de las diferentes columnas del ejército. El carácter de Napoleón era indulgente, su juzgar severo. No tenía en tanta estima el valor brillante como el simple, el sólido y calculado, aunque de toda clase de ellos se sirviera tales como la naturaleza los ponía en sus filas. Era por lo común riguroso con Murat, porque le fastidiaban su ligereza, su fausto y su ambición turbulenta, estimando sin embargo su buen corazón y su singular bizarría. He aquí la carta que le dirigió, y por cierto que no hubo razón para tratarle con tal aspereza: «Primo mío, no puedo aprobar vuestra conducta en la marcha; camináis como un desquiciado, y ni siquiera os detenéis á examinar las órdenes que yo os comunico. Los rusos, lejos de haber concurrido á la defensa de Viena, han vuelto á pasar el Danubio por Krems, y una ocurrencia tan extraordinaria sobrado pudo decirnos que sin nuevas instrucciones más no debáis obrar. Sin saber cuál pueda ser el plan del enemigo, ni conocer tampoco cómo pensaría yo en vista de los nuevos acontecimientos, vais marchando á tientas con mi ejército sobre Viena sin escuchar más consejo que el de vuestra vanidad, ardiendo en deseos de penetrar en esa capital. Donde está el peligro allí está también la gloria; mas ninguna veo yo en invadir una población indefensa.» (Molk, 11 de noviembre.)

Murat exiaba esta vez los desaciertos de todo el mundo. No hay duda de que caminaba con demasiada celeridad; pero aun suponiendo que se hubiese parado á vista de Krems, quemado este puente y careciendo de barcas, en muy poco habría podido favorecer á Mortier, comprometido, más que por otra cosa, por la distancia abierta entre las divisiones Dupont y Gazán, y lo rezagada que quedó la escuadrilla. Sobremanera sintió Murat aquellos cargos, y como Napoleón llegara á saber ese sentimiento de su cuñado por su edecán Bertrand, al instante salió á corregir el efecto de esa repasata por medio de comunicaciones afectuosas.

Como Napoleón quisiera que del mismo desacierto de Murat le resultase alguna ventaja, incontinenti ordenó á ese jefe que pues estaba á vista de Viena, no entrase en ella, sino que siguiera por sus cercas, y tratase de apoderarse del puente mayor del Danubio que está fuera de arrabales. Una vez dueño de ese puente debía adelantarse á marchas dobles hasta el camino de la Moravia á ver si podría llegar antes que los rusos al punto donde se enlaza el camino de Krems con la carretera de Olmutz. Si se cogía el puente, y si se marchaba con toda diligencia, era posible cortar la retirada del general Kutusof hacia la Moravia, haciéndole experimentar una suerte no menos desastrosa que la del general Mack. He ahí una muy buena ocasión para que Murat reparase sus desaciertos, y por su parte se propuso no desperdiciarla.

Sin embargo, no parecía verosímil que los austriacos hubiesen cometido el despropósito de dejar en pie los puentes de Viena, para que los franceses enseñorearan

las dos márgenes del Danubio; y de haberlos dejado en su ser, de presumir era que tendrían de antemano preparado todo lo necesario para volarlos á la primera señal. Por lo mismo nada tan incierto como la operación que Napoleón parecía desear más bien que ordenar.

Los austriacos habían renunciado á la defensa de Viena. Esa grande y hermosa capital tiene una cerca regular, la misma que resistió á los turcos en 1683; pero como el tiempo ha ido aumentando la población, y se ha ido extendiendo de parte afuera en arrabales muy considerables, se le ha ceñido de un muro de poco relieve, en forma de estrella, y que abraza todos los edificios. Todo eso es de una defensa mediana, porque el muro que ampara los arrabales es fácil de forzar, y una vez ganados esos barrios, con algunas granadas bastaba para hacer que se rindiese el casco de la plaza. El emperador Francisco dejó encargado al conde de Wurba, hombre juicioso y conciliador, para que recibiese á los franceses, y se entendiera con ellos á fin de obtener que la capital fuese ocupada de un modo pacífico; pero se había resuelto el disputarles el paso del río.

Viena está situada á cierta distancia del Danubio que lleva sus aguas por la izquierda de la ciudad, y por entre islas cubiertas de arbolados. Se comunica de margen á margen por medio de un puente muy grande de madera que coge todos los brazos del río, y los austriacos tenían preparadas materias incendiarias bajo el enmaderado de aquel puente á fin de volarle en cuanto los franceses entraran en él, manteniéndose entretanto en la orilla izquierda con su artillería asestada, y un cuerpo de siete á ocho mil hombres mandados por el conde de Auersberg.

Murat se había puesto casi á la entrada del puente sin penetrar en la población, porque no había necesidad de ello para concurrir á aquel punto. Corrían entonces de lengua en lengua voces del ajuste de un armisticio, y no era extraño, porque Napoleón, que ya había llegado al palacio de Schœnbrun, sito más acá de Viena sobre la misma carretera, acababa de recibir una diputación de los moradores de aquella capital que le fueron suplicando su clemencia, y habían sido tratados con los miramientos debidos á un pueblo tan excelente, y sobre todo al decoro con que se han de tratar entre sí las naciones civilizadas. También se le había presentado de nuevo Mr. de Giulay, reiterando las mismas proposiciones hechas días antes en Lintz; de suerte que todo eso contribuyó á que se extendiera la voz de un armisticio, precursor probable de la paz. El general Bertrand volvió á renovar á Murat y á Lannes la orden de apoderarse de los puentes, si la empresa pareciese posible; pero aquellos jefes no habían menester de nuevo estímulo, antes tenían ya apostados los granaderos de Oudinot tras los espesos arbolados que guarnecen el Danubio, habiéndose adelantado ellos mismos en persona hasta la cabeza del puente sin más acompañamiento que algunos edecanes. Allí se arrimaron igualmente el general Bertrand, un oficial de ingenieros y el coronel Dode de la Brunerie.

Una estacada cerraba la entrada del puente. Fué derribada inmediatamente, y como de la parte de allá, á cierta distancia, estuviera de centinela un húsar, disparó contra los nuestros su carabina y huyó á galope. Se le persigue, se recorre la dilatada y tortuosa línea de

los puentecillos que cogen los diversos brazos del río, y se llega por fin al puente mayor echado sobre el brazo principal. Aquí en lugar de tablonos no otra cosa se alcanza á ver sino una capa de faginas tendidas sobre los pares, y de repente apareció un sargento de artillería austriaca con una mecha en la mano. El coronel Dode le agarra del brazo y le detiene cuando ya se disponía á dar fuego á los artificios dispuestos bajo los arcos; se pasa á la orilla opuesta, se entra en conversación con los artilleros austriacos puestos al pie de los cañones, se les dice que ya se ha firmado ó va á firmarse el armisticio, que se anda en ajustes de paz, y que se desea hablar con el general que manda las tropas.

Los austriacos, sorprendidos con semejantes nuevas, titubean, y acompañan al general Bertrand hasta donde estaba el conde de Auersberg. Entretanto hace Murat que una columna de granaderos se adelante hacia el puente, lo que pudo ejecutar sin ser vista, merced á los copudos árboles que guarnecen el Danubio y á lo tortuoso del camino que va en vueltas y revueltas atravesando puentecillos é islas llenas de árboles. Siguióse entreteniéndose á los austriacos y al lado de sus cañones, hasta que aquella columna se puso á vista del enemigo, que comenzó entonces á creerse engañado, y se dispuso á romper el fuego; mas Lannes y Murat con los oficiales que les acompañaban se precipitan otra vez entre los artilleros, les hablan, les hacen vacilar de nuevo, ganando así el tiempo preciso para que llegaran nuestros soldados, que se arrojaron de repente sobre los cañones, apoderándose de ellos, y desarmando á los artilleros austriacos (1).

En esto se estaba cuando llegó el conde de Auersberg acompañado del general Bertrand y del coronel Dode. Terrible fué su asombro viendo el puente en poder de los franceses, y éstos tan numerosos ya en la orilla izquierda del Danubio.

Quedábanle algunos millares de infantes para recobrar lo que se le había arrebatado; pero se le repitió todo cuanto se había dicho á los artilleros que guardaban el puente para contenerlos, y se logró persuadirle á que se retirara con sus tropas á cierta distancia del río. Llegaban además á cada instante nuevas fuerzas francesas, y no era ya tiempo de recurrir á la fuerza; así, Mr. de Auersberg se alejó de allí como abochornado, como aturdido y casi sin poder creer lo mismo que estaba viendo.

He ahí la audaz estratagema, que auxiliada del inaudito arresto de los que la inventaron y llevaron á buen fin, trajo á nuestro poder los puentes de Viena. Por faltar esos mismos puentes cuatro años después, nos

(1) No queremos detenernos para probar lo tal cual fabuloso de ese punto histórico, ni la especie de milagro que nos parece ver en el paso de las tropas francesas por esa especie de armadizo, que no otro nombre nos parece merecer un puente de madera que por tablonos atravesados de par á par no tiene sino haces de faginas postizas. Rapp, que se encontraba en aquel punto cuando aconteció la sorpresa, cuenta el hecho de muy diferente manera: da zapadores franceses que con disimulo y sin ser vistos, van arrojando al río las materias combustibles, llenando de agua los barriles de pólvora, y cortando además el hilo conductor ó la mecha destinada á llevar el fuego para volar el puente; hace que Auersberg llegue al lugar de la escena antes de que los franceses sean dueños de ese puente; en una palabra, relata la acción de una manera más militar, más creíble que la que emplea Thiers.

(N. del T.)

costó el paso del Danubio batallas muy sangrientas, y que por poco nos fueron fatales.

No es de ponderar con cuanto gozo recibió Napoleón la noticia de ese triunfo. No se acordó entonces de reconvenir á Murat; antes le ordenó que inmediatamente se pusiese en marcha con la reserva de caballería, el cuerpo de Lannes y el del mariscal Soult, yendo por Estockeran y Hollabrun á cortar la retirada de Kutusof.

Tras esas disposiciones ya no atendió sino á la policía de Viena y á la ocupación militar de esta capital. Triunfo admirable era el entrar en esa antigua metrópoli del imperio germano, en cuyo centro jamás había parecido un vencedor. Guerras de importancia se habían sustentado durante los dos últimos siglos, y perdido y ganado en ellas batallas famosas; mas en ninguna salió un general que lograra tremolar sus banderas en las capitales de las grandes potencias; fuera menester ir hasta los tiempos de los conquistadores para hallar ejemplos de resultados tan vastos.

Napoleón se alojó en el palacio imperial de Schoenbrun; confió el mando de Viena al general Clarke, y el cargo de la policía á las milicias urbanas. Ordenó é hizo que se observara la más rigurosa disciplina, respetando toda suerte de propiedad menos la pública, como las arcas del Tesoro, los arsenales, etc. En el arsenal principal de Viena había riquezas inmensas; cien mil fusiles, dos mil cañones, municiones de todo género, no pudiendo comprenderse el por qué el emperador Francisco no habría sacado de allí tantos tesoros, teniendo á la mano el Danubio. Todo fué cogido y aplicado al beneficio del ejército.

Napoleón distribuyó en seguida sus fuerzas de modo que pudieran atender á su segura conservación en la capital, observando de paso el camino de los Alpes, por el cual podían venir los archiduques de un día al otro; el de Hungría, que en caso de haberle tomado los traería más tarde; en fin, el de Moravia, por donde los rusos tenían fuerzas considerables.

Ya vimos al general Marmont marchando por la carretera de Leoben para ocupar el paso de los Alpes, mientras que el mariscal Davout, siguiendo el de San Gaming, iba á ponerse á espaldas de la posición de San-Polten. Mr. de Meerfeld llevaba igualmente la calzada de Leoben con la principal división austriaca, y como advertiera que Marmont le perseguía, se torció por una especie de hoz algo elevada hacia el camino de San Gaming. El mariscal Davout, que marchaba en la misma dirección, trepando con sumo trabajo por entre nieves y hielos las sierras más escarpadas, y ya vencidos todos los obstáculos, merced á la decisión de sus soldados y á la energía de sus oficiales, al dar vista á Mariazell, por cuyo punto pasa la carretera que de Leoben conduce á San-Polten por Lilienfeld, se encontró allí con la división del general Meerfeld. Inmediatamente se empeñó entre franceses y austriacos una acción semejante á las que Massena había dado en los Alpes en otras ocasiones, dando por resultado que Davout arrolló al enemigo haciéndole cuatro mil prisioneros, y dispersando los restantes en el seno de aquellos montes; tras lo cual se descolgó sobre Viena. Marmont, que llegó á Leoben casi sin disparar un tiro, se detuvo en este punto esperando á que el emperador le transmitiese nuevas instrucciones.

No eran menos afortunadas nuestras armas así en el Tirol como en la Italia. Ney, que desde Ulm se le mandó pasar al Tirol, había tenido el dichoso tino de invadir aquel país por Scharnitz, llamado de los antiguos *Porta Claudia*. Si que es uno de los pasos más difíciles; pero con la ventaja de que guía rectamente á Inspruck en donde se cogía el centro de las tropas austriacas que, ajenas de recelar semejante invasión, se habían diseminado desde el lago de Constanza hasta el nacimiento del Drave. Llevaba Ney de nueve á diez mil soldados cuando más; pero así de arrojados como su mismo jefe, y dispuestos para todo cuanto se quisiera. Hízoles trepar en el mes de noviembre por los despeñaderos más escarpados de los Alpes, y por medio de los peñascos que les arrojaban desde la cumbre los mismos tirolese, porque sobre lo muy adictos que todos se mostraban á la casa de Austria, querían antes la muerte que no ponerse bajo el dominio de la Baviera, con el cual se les amenazaba. Atrapó los atrinchamientos de Scharnitz; entró en Inspruck; puso en completa dispersión á los austriacos cogidos de improviso, ahuyentando una parte de ellos hacia el Voralberg, y la otra al lado del Tirol italiano. Los que se retiraron para el Voralberg iban mandados por el general Jellachich y el príncipe de Rohán, que desde aquel punto pasaron hacia el lago de Constanza por el camino mismo que traían las tropas de Augereau.

No parece sino que el hado tenía dispuesta la ruina entera del ejército de Ulm, pues que sus restos, mandados por Jellachich y salvados de las armas del mariscal Soult cuando se le rindió Meningen, fueron á tropezar con la división de Augereau, y aquel general austriaco, que reconoció la inutilidad de su resistencia, se entregó con sus seis mil hombres á nuestras tropas. El príncipe de Rohán, no tan avanzado como Jellachich, tuvo tiempo bastante para volver pie atrás, haciendo una marcha atrevidísima por entre los acantonamientos de los franceses, quienes después que se habían apoderado de Inspruck descuidaban la guarda del Bréner. Aquel jefe burló la vigilancia de Loisón, uno de los generales de división que acompañaban á Ney; pasó por las cercanías de Botzen casi á la vista de nuestros soldados, y fué á caer sobre Verona y Venecia, mientras que Massena iba á los alcances del archiduque Carlos. Massena había encomendado al general Saint-Cyr el bloqueo de Venecia con las tropas traídas de la Italia, porque el archiduque Carlos había dejado en aquella ciudad un presidio importante. Grande fué el asombro de Saint-Cyr viendo ese cuerpo de tropas enemigas á espaldas de Massena, que se encontraba ya al pie de los Alpes Julianos (1); por tanto, con la mayor diligencia salió á perseguirle, le cercó, y el príncipe de Rohán tuvo que rendirse á todo trance con los cinco mil hombres que mandaba.

En este intermedio iba continuando su laboriosa retirada el archiduque Carlos, todo el Friul adelante y por la parte de allá de los Alpes Julianos. Su hermano el archiduque Juan, habiendo pasado del Tirol italiano á la Carintia, seguía por el centro de los Alpes una línea enteramente paralela á la de Carlos, porque juzgando,

(1) Que forman parte de los llamados carniolenses ó de Carniola. (N. del T.)

y con razón, ambos archiduques que no les había de ser posible alcanzar en tiempo oportuno ninguna de las posiciones defensivas del Danubio, y que fuera una insigne temeridad el caer sobre el flanco de Napoleón, resolvieron reunirse en Laibach, yendo el uno por Villach y el otro por Udina, para encaminarse después á la Hungría.

Allí sin inconveniente alguno podían ir ya á incorporarse con los rusos que ocupaban la Moravia, hecho lo cual se tomaría la ofensiva, dado el caso de que no se hubiese cometido ningún desacierto entre los ejércitos aliados, y que los dos soberanos del Austria y de la Rusia se sintiesen con ánimo para prolongar la guerra.

El general Marmont, que estaba apostado al frente de Leoben sobre las crestas que separan la vega del Danubio de la del Drave, se desesperaba observando cómo desfilaban á su vista, por decirlo así, las tropas del archiduque Juan con las cuales tanto apetecía él medirse; pero tenía órdenes muy terminantes que enfrenaban su ardor, y le imponían el deber de no atender sino á la custodia de los desfiladeros de los Alpes.

Desde que Massena se puso al pie de los Alpes Julianos, ya no quiso continuar persiguiendo á los archiduques, que le habrían llevado á la Hungría. Quedóse, pues, en aquel punto como en apoyo de Marmont y esperando nuevas órdenes de Napoleón.

Todos esos movimientos quedaban ya cumplidos hacia mediados de noviembre, época en la cual el grande ejército iba marchando contra Viena. Con certeza se puede asegurar que aun cuando se hubiese formado un plan en el recogimiento del más tranquilo retiro y con los medios tan abundantes que ofrece un mapa para delinear proyectos, no fuera posible mayor tino en el arreglo de todas las cosas. Seis semanas bastaron á aquel ejército para pasar el Rhin y el Danubio, plantándose entre los austriacos apostados en Suabia y los rusos que llegaban á las márgenes del Inn; para acorralar á los primeros y correr á los segundos hasta el bajo Danubio; para ocupar el Tirol con una división y en seguida Viena; para ahuyentar á los archiduques de sus posiciones, obligándoles á retirarse de la Hungría. Semejante espectáculo todavía no le había enseñado la historia... ¡Veinte días desde el Océano al Rhin!.. Cuarenta desde el Rhin á Viena!.. Y mientras que el desmembramiento de las fuerzas, tan peligroso en la guerra, no suele producir sino reveses, aquí vemos destacamentos alejados del centro que, sin correr ningún riesgo, todos ellos han prestado servicios, porque como la masa principal fuera sacudiendo tan oportunamente en los ejércitos enemigos golpes decisivos, el impulso había cobrado un vigor irresistible, no dejando ni á su retaguardia ni á sus alas sino consecuencias de fácil alcance: lo diremos de una vez, esa especie de dispersión aparente no era en realidad sino una muy hábil distribución de accesorios puestos al lado de la acción principal, ordenada con un tino prodigioso. Ni basta tampoco el que admiremos ese arte tan profundo, tan incomparable y de sencillez tan pasmosa, sino que no es menos digna de admiración en el modo de las operaciones otra circunstancia, sin la cual aun la combinación más diestra pudiera convertirse en un verdadero peligro; esa circunstancia es un temple de alma en los soldados y en sus jefes, de tal naturaleza que si tal vez vino á sor-

prenderlos un accidente imprevisto como á Dupont en Haslach, al mariscal Mortier en Dirnstein, á Ney en Elchingen, siempre sabían responder al pensamiento supremo que los dirigía, dándole el tiempo necesario para que corriera á socorrerlos y á enmendar los desciertos inevitables hasta en las operaciones más sabiamente guiadas. Repetimos lo que ya se dijo más atrás, y es que un gran caudillo necesita llevar soldados valerosos, como éstos tienen igualmente necesidad de un gran capitán. La gloria y el mérito de sus prodigiosas empresas á todos ellos deben alcanzarse.

Napoleón no quiso saborear en Viena la vanagloria de estar ocupando la capital del imperio germano. Miraba como de mayor importe el fin de la guerra. Bien se le puede echar en cara que abusó de la fortuna durante su engrandecimiento; pero jamás se podrá decir con verdad que no supo aprovecharse de los favores de aquella, durmiéndose como otro Aníbal en las delicias de Capua. Dispúsose, pues, para salir en persecución de los rusos, con ánimo de arrollarlos en la Moravia antes que los archiduques, que el 15 de noviembre aún estaban en Laibach, pudieran juntarse con ellos. Enorme era por consiguiente el circuito que tenían que correr para llegar á la Hungría, haber de atravesarla en seguida y meterse en la Moravia por la parte de Olmutz; es decir, andar una distancia de ciento cincuenta leguas, que de seguro gastarían más de veinte días, mientras que Napoleón, entonces en Viena, no tenía sino unas cuarenta leguas hasta Brun, capital de la Moravia.

Pereciéndole al emperador que el general Marmont estaba en Leoben un poco apartado de los demás cuerpos, le ordenó retroceder hasta la cumbre misma de los Alpes de la Estiria para observar desde allí el camino de la Italia á Viena. Sus instrucciones fueron que si acaso los archiduques se determinaran á seguir aquella vía, él debía cortar los puentes y el camino, con lo cual y en los montes pocas fuerzas bastan para entretener algunos días al enemigo, aunque sean las suyas mucho mayores. Recomendó sobre todo que enfrenase su belicoso ardor, y no se empeñara en acción alguna á no obligarse á ello. Massena tuvo orden de acercarse también hacia la posición de Marmont, debiendo mantenerse ambos en comunicaciones inmediatas. El cuerpo del mariscal Davout se guardó para guarnecer los contornos de Viena; la división del general Gudín pasó hacia Neustadt á retaguardia de Viena, pudiendo servir de apoyo en caso necesario al general Marmont; la del general Friant marchó en dirección de Presburgo para atender á los boquetes ó desfiladeros de la Hungría; la del general Bissón, que vino á ser después de Cafarelli, se puso al frente de Viena sobre la carretera de la Moravia; las de Dupont y Gazán de guarnición en el mismo Viena para que pudieran descansar y rehacerse; en una palabra, los mariscales Soult, Lannes y Murat caminando directamente á la Moravia, mientras que Bernadotte, que había pasado el Danubio por Krems, venía persiguiendo al general Kutusof, y se iba á encontrar en el camino mismo por donde le llevaba su adversario con las tres divisiones francesas que iban á atacar á los rusos.

He ahí, pues, á Napoleón (que estando en Viena se encuentra en medio de esa especie de red tan diestra-

mente tendida en torno suyo) para poder concurrir en todas direcciones hacia aquella que primero salga señalando la presencia del enemigo. ¿Acometen los archiduques alguna empresa por la parte de Italia? Massena y Marmont les responderán en los Alpes de Estiria, y Napoleón les despachará por Neustadt el cuerpo de Davout, con cuyas fuerzas hay bastante para contenerlos. ¿Vienen los mismos archiduques por Presburgo y Hungría? Allí los espera toda la división de Davout, y en breve se presentará Marmont para ayudarle; porque no está muy distante de Neustadt; y si eso no bastase, con todo el grueso de sus tropas pasará Napoleón á sostenerlos. En fin, ¿es preciso hacer frente á los rusos en Moravia? Pues si los cuerpos de Soult, Lannes y Murat no fueran suficientes, en tres días tendrá allí Napoleón el de Davout, que sin inconveniente puede apartarle de Viena, y el de Bernadotte, que con la misma libertad se le traerá de la Bohemia. Por todas partes se le coge prevenido, y en todas partes deja, pues, cumplidas muy superabundantemente las condiciones de ese arte de la guerra que él mismo fué á definir un día conversando con sus generales, en los términos siguientes: *Es el arte de dividirse para vivir y de reconcentrarse para pelear*. Nadie ha definido nunca tan bien ni nadie ha practicado con tal tino los preceptos de ese arte tremendo que lleva la ruina ó el fundamento de los imperios.

No quiso Napoleón desperdiciar la conquista de los puentes de Viena, antes la utilizó inmediatamente, pasando al otro lado del Danubio las divisiones de los mariscales Soult, Lannes y Murat, en la esperanza de que llegarían á cortar la retirada del general Kutusof, entrando antes que él en Hollabrun, que era el punto adonde debía venir para tomar el camino de Moravia después de haber atravesado el Danubio por Krems. Kutusof se dirigía hacia la Moravia, y no hacia la Bohemia, porque el segundo ejército ruso se había inclinado á la parte de Olmutz fronteriza con la Moravia y la Galitzia. Iba, pues, marchando para Hollabrun, y llevaba de vanguardia al príncipe Bagración, cuando le cogió la noticia de que los franceses caminaban también por la misma carretera; imponderable es el sentimiento que le causó la certidumbre de verse así cortado. Sin embargo, salió tendiendo á Murat el mismo ardid de que éste se había servido para quitar á los austriacos los puentes del Danubio. Llevaba consigo al general Vintzingerode, el mismo que había ajustado todas las condiciones del plan de campaña (1), y le despachó al cuartel general de Murat para que entretuviera á ese jefe con las mismas patrañas de que él se había servido para engañar al conde de Auersberg; esto es, que el general ruso tenía en Schoenbrun enviados ya dispuestos á firmar la paz, y que por consiguiente se le proponía un armisticio, cuyas condiciones consistían en que ambos ejércitos se mantendrían tranquilos en los puntos que

(1) Todo el mundo ha escrito hoy *Wintzingerode*, y si es verdad que ese barón alemán trazó el plan de campaña, mal debía salir, porque así se le niegan los conocimientos del arte militar, como se le concede su astucia diplomática. Fué enviado de ministro plenipotenciario cerca de la corte de Berlín, para ver de traer aquella potencia á la coalición, y según los biógrafos, la misión con que ahí nos le presenta el Sr. Thiers no fué anterior á la batalla de Hollabrun como se nos va á decir, sino posterior, esto es, á causa de esa misma batalla. (N. del T.)

entonces ocupaban, sin que la suspensión de sus operaciones autorizase mudanza ni movimiento alguno. También se decía que las hostilidades, caso de emprenderlas, no se romperían sino al cabo de seis horas después de advertidas las partes. Murat, á quien supo Vintzingerode adular con mucha finura, y que por otra parte apetecía la honra de verse el primero y principal órgano que transmitía los ajustes de la paz, consintió el armisticio salva la aprobación del emperador. Preciso es también decir en honor de la verdad, que para caer Murat en ese paso tan desacertado hubo una consideración de bastante peso. La división del mariscal Soult aún no había llegado al lugar de la escena, y hasta temió que con su caballería y los granaderos de Oudinot no tendría fuerzas bastantes para cerrar el paso á los rusos; por consiguiente, con ese proyecto de armisticio despachó á uno de sus edecanes directamente al cuartel general.

En la mañana del día siguiente comenzaron las visitas. El príncipe Bagración vino á hacerse á Murat, mostrándose muy obsequioso con los generales franceses, muy apasionado de todos ellos, sobre todo del ilustre mariscal Lannes, que tan sencillo en el trato cuanto cumplido en las reglas de urbanidad militar, no pudo dejar de decir al príncipe Bagración que si él se hubiese hallado solo no estarían entonces pagando con cumplimientos, sino con metralla. En efecto, mientras duraba esa visita levantó el ejército ruso su campo; caminando á marchas dobles por detrás de la especie de pantalla con que le cubría la columna de Bagración, quedada ahora á retaguardia é inmóvil, mientras Kutusof pudo coger la carretera de la Moravia. He ahí cómo Murat, chasqueado á su vez, dejaba tomar á su enemigo el desquite de la jugada que le había ganado en el puente de Viena,

No tardó en llegar un edecán del emperador, el general Lamarrois, dándole una severa reprensión por el descacierto en que había incurrido (1), y de paso la or-

(1) *Al príncipe Murat.*

Schoenbrun, 25 brumario del año XIV (16 de noviembre de 1805), á las ocho de la mañana.

No encuentro palabras con que poder mostraros mi descontento. En nada mandáis sino en mi vanguardia, y ningún derecho os asiste para concluir un armisticio sin mi orden. Me hacéis perder el fruto de una campaña. Rasgad inmediatamente ese armisticio, y atacad al enemigo. Decidle que el general que ha firmado esa capitulación no estaba autorizado para ello; ese derecho nadie lo tiene sino el emperador de Rusia.

Sin embargo, si el emperador de Rusia ratificase ese convenio, yo también le aceptaré; pero no es sino un ardid. Id, pues, adelante; arrollad el ejército ruso; os halláis en posición de poder quitarle sus convoyes y su artillería. El edecán del emperador de Rusia es un... (*) Los oficiales no son nada desde que carecen de toda suerte de poderes, y aquél no tiene ninguno. Los austriacos se dejaron engañar en el puente de Viena, y á vos os ha engañado un edecán del emperador. (N. del A.)

(*) No podía ver Napoleón al barón Vintzingerode, alemán pasado al servicio de la Rusia, y en aquella época edecán de Alejandro y casi su favorito. Túvose prisionero en 1812, y cuando le vió en su presencia se deshizo en denuestos contra él, de paso que trató con el mayor miramiento al joven conde de Nariskín, que venía de edecán con aquél. «Como ruso, le dijo Napoleón, no hacéis sino vuestro deber; pero para un hombre de vuestra alcurnia es sobrado deshonoroso el servir de edecán á un mercenario, á un extranjero.» (N. del T.)

den para que él y Lannes acometiesen inmediatamente al enemigo, sin consideración á la hora en que pudiera llegar á sus manos semejante aviso. No obstante, todavía tuvo Lannes la atención de mandar un oficial al príncipe Bagración para participarle las órdenes que se acababan de recibir, y en virtud de las cuales se tomaron cuantas disposiciones parecieron necesarias para el combate. Bagración tenía consigo de siete á ocho mil hombres, y apeteciendo encubrir el movimiento de Kutusof, entró al instante en la noble resolución de esperar á que le hicieran pedazos antes que ceder á su enemigo un palmo de terreno. Lannes acometió con sus granaderos. La única disposición posible en aquellas circunstancias consistía en dos líneas de infantería, desplegadas una enfrente de otra y atacándose sobre un suelo muy poco desigual. Durante un cierto espacio de tiempo no se hizo sino tirotearse con bastante calor y con efectos hartosangrientos; pero al cabo se acometió á la bayoneta, y lo que rara vez se ve en la guerra, ambas columnas marchaban con el mayor arrojo la una contra la otra, sin que ninguna de ellas se detuviese hasta que llegaran á encontrarse. En medio de ese combate cuerpo á cuerpo como quien dice, los granaderos de Oudinot lograron arrollar á los peones de Bagración, derrotándoles completamente y persiguiéndoles ya de noche por entre las llamas que arrojaba el incendio de Schoengraben, pueblecillo que disputaron los rusos y que por fin quedó en poder de los franceses. Muy valientes se mostraron esta vez las armas rusas, ya que perdiera Bagración cerca de la mitad de su gente, pues que se encontró con tres mil hombres de menos, quedando los mil quinientos en el campo de batalla. El príncipe Bagración se acreditó aquel día por su arresto de digno émulo del mariscal Mortier en Dirnstein. Ocurrió esa sangrienta refriega el 16 de noviembre (2).

Se continuó persiguiendo al enemigo y cogiéndole á cada paso algunos prisioneros, hasta que por fin el 19 entraron nuestras tropas en la ciudad de Brun, capital de la Moravia. Se encontró esta plaza armada y abundantemente abastecida, pues los rusos ni siquiera pensaron en defenderla ni en que dejaban á Napoleón en un punto importante desde el cual iba á ser señor de la Moravia, pudiendo observar y esperar allí sin inconveniente los movimientos de sus enemigos.

En cuanto supo Napoleón el resultado del último encuentro, al instante resolvió trasladarse á Brun, porque las noticias de la Italia eran que los archiduques iban en retirada por la Hungría, y comprendió que los rusos eran los solos que debían llamar más particularmente la atención. Salió por lo mismo ordenando un ligero cambio en la distribución de las fuerzas que tenía el mariscal Davout en los alrededores de Viena. Así vemos que la división Gudín, sin objeto ya en el camino de Estiria, sabido el camino que llevaban los archiduques, pasó á la parte de Presburgo; la división Friant vino á ponerse al frente de Viena sobre la carretera de la Moravia; en fin, la división Bissón marchó para Brun

(2) Si no se equivocan los geógrafos poniendo desde Schoenbrun hasta Hollabrun diez y ocho leguas, con razón nos extraña que Napoleón escribiera á las ocho de la mañana en Schoenbrun, mandando á Murat atacar al enemigo, y Murat atacando el mismo 17 en Hollabrun. Si no es imposible, poco tiene de probable. (N. del T.)